

**PALABRAS
 PRESTADAS**

Pablo García Casado



Rosendo supo recoger un sentir contemporáneo a muchos adolescentes de los ochenta y los noventa. Gente en el borde de la vida, en esas aceras de terrizo donde asomaba el brillo de los cristales de los litros

Agradecido

El Gobierno otorga las Medallas de Oro en las Bellas Artes a aquellas figuras de la cultura y sus aledaños que a lo largo de su vida han demostrado una cierta resistencia al tiempo. Hombres y mujeres que no han tirado la toalla y que han aguantado el tirón, y que ahora, en el dorado de los años, empiezan a recibir los homenajes y los apoyos que les faltaron cuando eran más jóvenes. Es un reconocimiento a toda una carrera, pero también es un aviso de que te estás haciendo viejo y no te queda demasiado tiempo.

Hasta ahora había observado esas entregas con la distancia y la aversión al falso protocolo, a las posturas excesivamente rampantes, a los discursos acartonados y falsamente laudatorios. Pero es verdad que esta vez me sorprendí por la nómina justa de premiados, por unos nombres que uno no espera ver sentados en la tarima agachando la cabeza ante Juan Carlos. En el Reino Unido todo esto sería distinto, porque el título de Sir ya tiene un pedigrí heterodoxo que ha podido reunir a Bobby Charlton y a los Beatles junto a científicos, escritores y otros ratones de biblioteca. Pero España es un país muy serio, y ser un poco *pintas* es sinónimo de que la gente te tome en serio hasta cierto punto.

Por eso me sorprendió muy gratamente que fuera Rosendo uno de los elegidos para esta medalla. Un hombre que ha vivido honestamente en esta profesión de rockero, donde abundan tanto los granujas y los especuladores. Un tipo sereno, comprometido, luchador, que jamás ha renunciado a sí mismo y a su estilo. Un músico que se ha pateado toda España, los madriles y los pueblos enanos, eterno titiritero de feria en feria llevando su música a sus incondicionales. Sus canciones iban de pletina en pletina, regalándose de colega en colega, en el fondo de la chaqueta vaquera forrada. Sólo he visto una cinta original de Rosendo, era *Agradecido*, y lo tenía el Chacón en su casa porque no pudo aguantar y lo robó de Gale-



Me alegró que fuera Rosendo uno de los elegidos para esta medalla: él ha vivido con honestidad la profesión de rockero

rías. Guardaba esa cinta como oro en paño, y sólo la sacaba muy de vez en cuando, con la punta de los dedos, para leer las letras de las canciones.

He escuchado a Rosendo en el loro enorme que compró el Chacón en Bazar Canarias, sentado en los bancos del Parque Cruz Conde. Lo ponían los de FP en La Laboral, cuando algún profesor se ponía malo, y también en el *caset* de los 127 trucados que hacían trompos en los descampados. Era la banda sonora de La Fuensanta. Si el arte debe recoger el alma de los pueblos, Rosendo supo recoger un sentir contemporáneo a muchos adolescentes de los ochenta y los noventa. Gente en el borde de la vida, en

esas aceras de terrizo donde asomaba el brillo de los cristales de los litros. Algunos siguen en la brecha, otros se quedaron por el camino, pero a todos nos ha contado Rosendo historias de verdad, con personajes de carne y hueso. Y no esa basura que cuentan Los Planetas.

Por eso es merecidísima la concesión a este rockero, que tiene la inteligencia de asumir el paso de los años, pero que ha adquirido la entereza de hacerse entender, de mostrar a todo el mundo de qué palo va y no ponerse botox como el rey del pollo frito. Cada una de sus arrugas tiene la risa compartida con todos los compañeros de viaje. Sus canciones han sido coreadas en miles de fiestas y juergas, pero también escuchadas en el silencio de la madrugada, relatando en voz baja el lamento de esos versos inteligentes y punzantes. Realidad social, compromiso, honestidad... todo lo que se espera de uno de los mejores músicos de rock que ha dado este país. Y además tiene el detalle de no ponerse moralista ni de dedicarse a hacer ripios propios de la chochez.

Yo me alegro mucho de que sea Córdoba quien acoja estos premios. Y especialmente en La Mezquita, en cuyos muros no era difícil encontrar al Chacón y a otros heavys históricos bebiendo cerveza. Para algunos esta mención les habrá defraudado, y quizá piensen que Rosendo deja un poco de ser el que era, sometiéndose a la autoridad y agachando la cabeza ante la monarquía. No obstante, yo creo que el mensaje es justamente el contrario. Es España quien reconoce que hay una periferia que late con voz propia, que hay clásicos modernos que no se encuadernan en tapa dura. También la cultura, con ka de kilo, forma parte de nuestro patrimonio. Por eso y por todo lo que nos hizo pensar y disfrutar Rosendo Mercado, todos nos sentimos "...eternamente agradecidos".